

EL MINISTERIO DE LA PRESENCIA

Cuando una comunidad ya no puede hacer, ¿puede aún ser?

Reflexiones desde la encrucijada

Transformación, liderazgo y vida religiosa

REFLEXIÓN N.º 4 · SEPTIEMBRE DE 2026



En enero, el Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada envió a los religiosos de todo el mundo un mensaje titulado «Profecía de la presencia». En él nombraba dónde la dignidad queda herida y la fe se pone a prueba: el conflicto, la migración forzada, la pobreza, la violencia y la fragilidad institucional. Y entonces, sin previo aviso, añadía las sociedades prósperas, donde «el bienestar convive con la soledad, la polarización, nuevas formas de pobreza y la indiferencia». Roma no estaba trazando la línea que suele trazarse —los territorios de misión a un lado, las iglesias acomodadas al otro—. A unas y a otras, decía, se les pide la misma vocación.

Esa vocación, en la propia palabra del Dicasterio, era «permanecer»: quedarse en lugar de retirarse, cuando retirarse sería más fácil y nadie te lo reprocharía. Pero permanecer solo dice dónde está una persona; no dice nada de lo que ocurre una vez que está allí. Una comunidad puede permanecer durante décadas y seguir estando ausente de sí misma: técnicamente presente, pero por lo demás ida. La palabra que Roma buscó para su título, pero que nunca llegó a abrir, es *presencia*: no un lugar, sino una práctica, algo que se puede aprender, ejercitar y, con la misma facilidad, descuidar. Esa es la cuestión con la que quiere sentarse esta reflexión: no si una comunidad permanece, sino si eso que llama presencia es una disciplina que se practica o solo la etiqueta que quedó cuando todo lo demás se detuvo.

CUANDO LOS EDIFICIOS LLEVABAN SUS NOMBRES

Durante siglo y medio, la vida religiosa en Norteamérica y en Europa respondió a la pregunta quiénes sois señalando lo que había construido: escuelas, hospitales, orfanatos, universidades, clínicas, organismos y academias. La respuesta estaba en los edificios, y los edificios llevaban sus nombres.

Esos edificios se están yendo, o ya se han ido, o los gobiernan ahora patronatos con una declaración de misión y una fotografía del fundador en el vestíbulo. El traspaso del patrocinio suele ser la decisión correcta, y bien tomada. Es también un duelo, y con frecuencia se tramita como una transacción.

Así que una comunidad que en otro tiempo sabía exactamente quién era entra en un Capítulo y plantea una pregunta que apenas soporta decir en voz alta. *Si no hacemos, ¿somos algo?*

He visto esa pregunta posarse en una sala y dejarla sin aire. También he visto a comunidades responderla demasiado deprisa, que es peor.

LA RESPUESTA QUE BUSCAMOS DEMASIADO DEPRISA

La respuesta barata es que la presencia basta, dicha en un tono que significa que hemos dejado de esperar nada de nosotros mismos. He visto el «ministerio de la presencia» y el «ministerio de la oración» funcionar como nombres dignos para haber tirado la toalla en silencio. No siempre. Ni siquiera casi siempre. Pero lo bastante a menudo como para que no debamos fingir lo contrario, y lo bastante a menudo como para que los miembros noten la diferencia mucho antes de que el liderazgo la nombre.

Las comunidades han aprendido a hablar de un paso del hacer al ser, y debajo de esa frase hay algo real. Pero, cuando la oigo, alguna vez he preguntado, no del todo inocentemente: y un ser, ¿qué hace cada día? La pregunta no pretende ser ingeniosa. Si no sabemos responderla —si resulta que ser no significa nada más concreto que seguir existiendo dentro del edificio—, entonces no hemos descrito una vocación. Hemos descrito un censo.

La cuestión no es si la presencia cuenta. Es si eso que llamamos presencia es una práctica o simplemente lo que quedó cuando las prácticas cesaron.

No es una distinción cómoda, y no es una distinción que alguien de fuera pueda hacer por una comunidad. Hay que hacerla con honestidad desde dentro. Pero se puede hacer, porque la presencia no es una vaga atmósfera espiritual. Tiene una definición, una disciplina y un conjunto de destrezas; y si va a reivindicarse como ministerio, más vale que sepamos qué estamos reivindicando.

QUÉ ES LA PRESENCIA EN REALIDAD

Hace algunos años, Beth Lipsmeyer Dunn, mi esposa y compañera, y yo escribimos un libro sobre las destrezas conversacionales que hacen posible la comunidad, y pusimos la presencia en el centro: la piedra angular, la llamamos, sin la cual ninguna de las demás destrezas importaría. Las conversaciones que esperamos que sean significativas quedan huecas si no estamos genuinamente presentes unos para otros.

La definición en la que nos detuvimos ha resistido bien: la presencia es la cualidad de estar con los demás de tal manera que queden bañados en tu atención plena. Es la capacidad de escuchar como si fuera la primera vez, de renunciar a la necesidad de control y quedar absortos en el asombro y la maravilla. Se demuestra en la conducta, mediante una manera física y emocional de estar con el otro que comunica caridad, curiosidad, respeto, implicación y colaboración.

Fíjate en lo que esa definición no admite. No deja que la presencia sea sin más un sentimiento, o una intención, o una manera de decir que todavía estamos aquí. La presencia es un don, un trabajo de amor y

una destreza, las tres cosas a la vez. Un don, porque se recibe, no se fabrica. Un trabajo de amor, porque cuesta algo: es, sostuvimos, una forma de ascesis, y una disciplina que la mayoría no llegamos a ejercitar. Y una destreza, porque se puede aprender, practicar, mejorar y descuidar como cualquier otra.

Descuidar es la palabra clave. Las relaciones son como un jardín: deja de escardar y de regar, y se muere. Las comunidades rara vez destruyen su vida común por alguna incompatibilidad dramática. La pierden por descuido benigno; y hace tiempo que pienso que, si la gente dedicara a alimentar las relaciones dentro de la comunidad una décima parte del tiempo que dedica a su ministerio, todo cambiaría.

Margaret Wheatley describe la disciplina con exactitud: ser testigo es la práctica sencilla de tener el valor de sentarse con el sufrimiento humano, de reconocerlo tal como es, de no huir de él, de acompañar con paciencia a alguien a quien preferiríamos evitar. Esa última frase es la que separa una práctica de una pose. Cualquiera puede estar presente ante la gente que le agrada.

Por eso el lenguaje de la presencia se tuerce tan a menudo, comunidad tras comunidad. No porque la presencia sea una vocación débil, sino porque se adopta la palabra sin la disciplina que exige. Una congregación que nunca aprendió a escuchar sin defenderse, que no es capaz de sostener la angustia de otro miembro, que clasifica a las personas y las deja con una fama construida hace décadas, no va a convertirse en un ministerio de presencia por anunciarlo.

NORMA

Quiero contar el caso de presencia más completo que he presenciado, porque da la casualidad de que responde a la pregunta que la sala del Capítulo no puede responder: *si no hacemos, ¿somos algo?*

La hermana de Beth, Norma Lipsmeyer, era Hermana de la Misericordia. Cuando se acercaban sus últimos días con un cáncer de ovario, reunió a su familia para lo que ella llamó su «fiesta de ir al encuentro de Jesús». En aquel momento estábamos facilitando un Capítulo en Oregón. Lo dejamos y al día siguiente llegamos a la residencia de las Hermanas de la Misericordia en Fort Smith, Arkansas.

Norma no podía hacer nada. No le quedaba ministerio que desempeñar, ni institución que administrar, ni plan que ofrecer a nadie. Una retención de líquidos severa le hacía insoportable la ropa, así que estaba tendida, desnuda sin ningún pudor como el día en que nació, recibiendo a cada persona en su fiesta con gratitud y amor. Cuando entramos, sus ojos se encontraron con los nuestros y sonrió: «Gracias por venir».

Pasó un rato con cada uno de nosotros. Daba igual quién más estuviera en la habitación: era como si no hubiera nadie más. A cada uno nos dijo por qué nos quería y cómo habíamos sido un regalo para ella. Estaba tan enteramente presente, con esa manera suya de amar, que no podíamos sino corresponderle del mismo modo. Los relojes y los calendarios que de ordinario nos empujan por la vida no importaban nada. Dolor y risa, lágrimas y sonrisas, duelo y gratitud, silencio y conversación convivían sin estorbarse, y en todo ello Jesús no dejaba de decir: «Claro que sí». La vida y la muerte estaban una al lado de la otra, y todo era aceptable.

Quiero cuidarme de no dejar esto más bonito de lo que fue. Norma no quería morir. No quería dejarnos. Tenía tanto miedo a la muerte como el resto de nosotros, y ser Hermana de la Misericordia no la hacía inmune a ser humana: no tenía reparo en expresar su angustia, y cuando lo hacía, la sentíamos como propia. Junto a esa angustia, lo que presenciábamos fue su aceptación total de la verdad, un amor que no conocía límites y una fe más fuerte que la de casi nadie. Su presencia asombrosa nos dejó absortos y nos transformó, mientras ella y Jesús nos amaban a través de todo aquello.

Esa es la respuesta a la pregunta que la sala del Capítulo teme hacer. A Norma no le quedaba nada por hacer, y era lo más poderoso que había en aquella casa.

La presencia no era lo que quedó cuando terminó su ministerio. La presencia era el ministerio.

Poco antes había escrito una pregunta en su diario: «¿Hay algo a lo que me aferraría, en vez de dejar que Dios lo use, para la construcción del Reinado de Dios? ¿Mi propia voluntad? ¿La autodeterminación? ¿Mi derecho a elegir?». Nunca hablamos con ella de esas palabras. No hizo falta. La habíamos visto responderlas.

NADIE SE SIENTA BAJO UN ÁRBOL QUE SE MUERE

Al escribir este año a las superiores y superiores mayores de África y Madagascar, la Hna. Simona Brambilla ofreció una imagen que no he podido soltar. Habló de la vida consagrada como un árbol sagrado: en muchos contextos africanos, un lugar que ofrece cobijo y encuentro a lo largo del camino, donde las partes del árbol son en sí mismas curación y alimento. Nombró en particular el árbol de la palabra: el lugar vivo donde se encuentran el cielo y la tierra, un espacio seguro donde se resuelven los conflictos y se vuelven a atar los hilos rotos o perdidos. Y les pidió que cuidaran a la vez las raíces y los brotes.

Un árbol no se convierte en cobijo esforzándose más. Se convierte en cobijo por estar arraigado en un sitio el tiempo suficiente para que otras cosas puedan vivir a su sombra. Pero un árbol que da cobijo tiene que ser lo bastante fuerte para sostener peso. Nadie se sienta bajo un árbol que se muere.

Así que la pregunta honesta para una comunidad atraída por el lenguaje de la presencia no va de cifras ni de edad media. Va de una fortaleza de un tipo concreto. ¿Es esta una comunidad a la que alguien podría traer un conflicto sin que se convirtiera en arma? ¿El duelo aquí se metaboliza o se almacena? ¿Puede decirse una verdad difícil en esta casa y sobrevivir a la semana?

Eso es trabajo interior, y esto es lo que importa de él: está enteramente al alcance de una comunidad de once miembros con una edad media de ochenta y cuatro años. No está al alcance de una comunidad de once que ha dejado de hablarse con sinceridad. La edad no descalifica a una comunidad para ser un lugar de cobijo. *La evitación, sí.*

LO QUE SE LE ESTÁ PIDIENDO AL NORTE QUE APRENDA

Una hermana que permanece en un campo de desplazados en el Sahel (África) y una hermana que permanece en un ala de enfermería en Dubuque (Iowa) no están haciendo lo mismo. Lo que está en juego no es comparable, y no insultaré a ninguna de las dos fingiendo que lo sea. Pero puede que estén haciendo el mismo tipo de cosa. Ambas están con personas que no pueden marcharse. Ambas han renunciado a la ilusión de arreglar. Ambas, en la palabra del Dicasterio, permanecen; y lo que esa permanencia produce, cuando se hace bien, es presencia.

Durante casi toda nuestra historia, el Norte enviaba y el Sur recibía. La dirección de ese tráfico ha cambiado, y no solo en cuanto al personal. Ahora se le pide al Norte que aprenda algo que las comunidades del Sur entienden desde hace mucho más tiempo: cómo ser fiel sin tener el control, cómo quedarse cuando no se puede arreglar nada, cómo ser Iglesia en un lugar donde ya no eres tú quien pone las condiciones.

Las comunidades religiosas bajo ocupación, bajo pobreza, bajo persecución llevan generaciones viviendo esa lección mientras nosotros construíamos instituciones. La Hna. Teresa Maya formuló ese cambio de mirada con toda la economía que cabe cuando dijo que estamos aprendiendo que somos suficientes para el Evangelio.

La congregación acomodada no está fuera de la historia global de la vida religiosa. Por fin está dentro de ella.

Otras tradiciones han nombrado esto muchas veces con más llaneza que la vida religiosa cristiana. Thich Nhat Hanh enseñaba que el regalo más precioso que podemos ofrecer a los demás es nuestra presencia, y que cuando la atención plena abraza a quienes amamos, estos florecen como flores. No estaba describiendo un premio de consolación para quienes se habían quedado sin opciones. Estaba describiendo la cosa misma.

Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado.

— Lucas 24, 29

Los discípulos de camino a Emaús habían caminado todo el día junto a alguien a quien no reconocían. Lo que pidieron al final no fue una explicación. Fue que se quedara. Y solo cuando se sienta a la mesa con ellos lo reconocen. El corazón les había ardido durante todo el camino; caminar, por sí solo, no había bastado para hacérselo saber. Algo ocurre en el quedarse que no ocurre al pasar de largo, y la tradición tiene una palabra para eso.

PRÁCTICAS DE PRESENCIA

La presencia no es un plan estratégico, pero tampoco carece de forma. Unas pocas cosas la hacen real en vez de retórica.

Nombra lo que de verdad has dejado de hacer, y llóralo en vez de rebautizarlo. Buena parte de lo que pasa por discernimiento en esta etapa es gestión de vocabulario: un ministerio no termina, se «reimagina»; una casa no se cierra, se «libera». El lenguaje nos protege de la pérdida y, al protegernos, impide que la pérdida llegue a cerrarse nunca.

Decide para qué es tu presencia, y para quién. La presencia sin dirección es mera ocupación. La presencia tiene un propósito. ¿A quién, en concreto, en las veinte millas a la redonda, está presente tu comunidad? Si la respuesta honesta es «unos a otros», dilo —puede que sea exactamente lo que toca en esta etapa—, pero dilo, para que sea una decisión y no una deriva.

Y luego trata la presencia como la disciplina que es. Empieza por la decisión de compartir tiempo, que suena trivial hasta que cuentas lo pocas veces que se toma de verdad: cerrar la puerta, apagar el teléfono, quedarte el tiempo que haga falta. Exige escuchar como si fuera la primera vez, lo que en una comunidad de cincuenta años significa desatarnos unos a otros de las cajas construidas hace mucho, dejar que la gente sea quien es ahora y no quien era hace veinticinco años. La presencia exige entrega, no capitulación. Exige humillarnos y aflojar nuestra obstinación, soltar la necesidad de control, de seguridad, de un determinado resultado, de quedar bien, para que la gracia tenga sitio donde nacer dentro de la conversación.

Cuida el árbol de la palabra. Pregunta adónde va el conflicto en tu comunidad. Si va al liderazgo, o al aparcamiento, o a ninguna parte, entonces, seas lo que seas además de eso, todavía no eres un lugar donde se vuelven a atar los hilos rotos. Eso tiene arreglo. Es lento, y tiene arreglo.

Por último, cuida a la vez las raíces y los brotes, como pidió Brambilla. Las raíces son la memoria y el carisma, que no se conservan solos. Los brotes son cualquier cosa nueva, pequeña, torpe y poco lucida que tu comunidad esté dispuesta a intentar este año. Una comunidad con solo raíces es un monumento. Una comunidad con solo brotes no tiene de dónde tirar cuando llega la estación seca.

LA PREGUNTA QUE QUEDA

La vida religiosa pasó mucho tiempo siendo conocida por lo que construía. Puede que ahora llegue a ser conocida por aquellos a quienes está presente. No es una vocación menor, y no es un premio de consolación entregado a las comunidades que se han quedado sin opciones.

Porque donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

— Mateo 18, 20

Dos o tres. No una provincia. No una casa madre llena. La promesa estuvo desde siempre a la escala del número que la mayoría de nuestras comunidades tiene hoy, lo que sugiere que el número nunca fue el problema.

Pero eso solo será verdad en comunidades lo bastante fuertes como para que alguien pueda sentarse debajo, y esa fuerza no es cuestión de presupuesto ni de edad media. Es cuestión de si en tu casa se puede decir la verdad, y de si alguien allí ha hecho el trabajo de aprender a estar presente ante otro ser humano.

Así que la pregunta que dejaría a un consejo o a un Capítulo es esta. Si alguien en verdaderos apuros viniera buscando cobijo, ¿se le ocurriría acudir a nosotros? Y si la respuesta honesta es no, ¿es porque nos hemos quedado demasiado pocos —o porque nos hemos convertido en un lugar donde lo difícil no se puede decir?

Para la reflexión

- ¿A quién, en las veinte millas a la redonda, está presente nuestra comunidad? ¿Es eso una decisión o una deriva?
- La presencia es una destreza que se puede practicar o descuidar. ¿Dónde la hemos dejado caer por descuido benigno, y qué nos costaría retomarla?
- Si alguien en verdaderos apuros viniera buscando cobijo, ¿se le ocurriría acudir a nosotros?

En los próximos meses seguirán más reflexiones.

Ted Dunn, Ph.D.

Graced Crossroads

www.gracedcrossroads.com

Fuentes y lecturas complementarias

Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, [mensaje sobre la vida consagrada y la profecía de la presencia](#), 28 de enero de 2026.

Ted Dunn y Beth Lipsmeyer, [Transforming Communities Through CARE: A Conversational Approach to Relational Effectiveness](#) (Comprehensive Consulting Services, 2023), capítulo VII: «Presencia», pp. 87-93.

Margaret J. Wheatley, [Turning to One Another: Simple Conversations to Restore Hope to the Future](#) (Berrett-Koehler).

Hna. Simona Brambilla, MC, prefecta del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada, [mensaje de Año Nuevo a la Conferencia de Superiores y Superiores Mayores de África y Madagascar \(COMSAM\)](#), enero de 2026. Véase también su discurso «La vida consagrada en África: peregrinos de esperanza», [26 de mayo de 2025](#).

Thich Nhat Hanh, sobre la presencia como el regalo más precioso que podemos ofrecer: [cita](#).

Hna. Teresa Maya, CCVI, sobre el replanteamiento de la narrativa de los números, [Global Sisters Report](#).

Ted Dunn, [The Inner Work of Transformation: A Guide for Personal Reflection and Communal Sharing](#). CCS Publications, 2021.

Lucas 24, 13-35 y Mateo 18, 20, New Revised Standard Version.